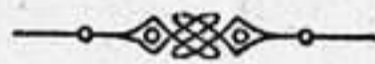


LO QUE ES LA GUERRA



Es posible que mis pequeños lectores, oyendo á todas horas hablar de la guerra, no hayan podido formar una idea exacta de lo que es esa terrible calamidad que de vez en cuando aflige á las naciones, y que por desgracia es ahora en España objeto predilecto de muchas conversaciones, cuyo significado no podrán comprender en toda su extension.

A sus oídos llegarán extrañas conversaciones sobre operaciones militares, batallas, derrotas y heróicos hechos de armas que su candorosa ignorancia no les permitirá comprender.

Con mil preguntas inocentes molestarán acaso á sus padres y á las personas de su más íntimo trato, y es posible que estas personas no siempre tengan humor de satisfacer cumplidamente su curiosidad.

Yo creo que á todos he de hacer un buen servicio refiriendo aquí palabra

por palabra una conversacion que oí hace pocos dias, y cuya lectura excusará á los suscritores de LOS NIÑOS de molestar á las personas de su confianza con aquel género de preguntas.

Mi amigo D. Antonio (no cito el apellido por no ofender su modestia) es un caballero muy discreto, puntual en el cumplimiento de sus deberes, temeroso de Dios y amante del prójimo. Tiene un niño de diez años, llamado Julio, sumiso y aplicado, obediente á los preceptos de su papá y amigo de instruirse en todo aquello que ignora, y una niña llamada Adela, que es un ángel de candor, y que ya escribe muy preciosas planas, aunque solo cuenta siete años de edad.

Quisiera yo que todos mis lectores conocieran á estos dos amables niños, y que los tomaran por modelo: de seguro que sus padres no tendrian motivo sino para estar muy orgullosos y

satisfechos, porque Julio y Adela nunca dan á los suyos el más pequeño disgusto.

Vive D. Antonio en una casa muy cerca de un cuartel de infantería, y para sus niños era una diversion el ver cómo todos los domingos y demas dias festivos salia el regimiento allí acuartelado para ir á misa á la inmediata parroquia, perfectamente alineadas las compañías, muy aseados y limpios todos los soldados, con sus fusiles muy lustrosos, y marchando en hileras con paso marcial, llevando al frente del regimiento su banda de música, que pasaba alegrando la calle con sus armoniosas tocatas.

Apénas sonaban los tambores, ya corrian Julio y Adelita al balcon para ver pasar al regimiento cuando iba á misa por las mañanas ó al ejercicio muchas tardes.

Poco más ó ménos, ya sabian las horas á que habia de pasar el regimiento, conocian el toque de llamada de las cornetas, y con inocente júbilo acudian al balcon á tiempo de ver pasar á los bizarros militares, y sobre todo, la música y los tambores.

Así es que hace algunos días los dos niños oyeron con sorpresa, cuando apénas acababan de levantarse, que las cornetas y los tambores del cuartel tocaban llamada á una hora des-acostumbrada, y en un dia que no era festivo, y por consiguiente, no debia presumirse que el regimiento fuera á salir para ir á misa.

Ya esta circunstancia les llamó mucho la atencion, pero más les sorprendió cuando se asomaron al balcon ver á los soldados ataviados de una manera que nunca habian visto: además de las mochilas llevaban á la es-

palda morrales de lienzo; en lugar de sus lustrosos borceguíes calzaban alpargatas trenzadas con cintas por los tobillos; llevaban el ros y las cartucheras enfundados; los oficiales y jefes llevaban carteras de viaje, y en fin, se notaba en toda la tropa una actividad y un movimiento desusados.

A la puerta del cuartel se notaba gran concurrencia de mujeres y hombres del pueblo que hablaban con calor á los soldados, les daban la mano y parecian despedirse de ellos.

Gran confusion hubiera causado esto á Julio, así como el ver despues pasar el regimiento tan extrañamente ataviado y á hora tan intempestiva, si por fortuna no hubiera estado allí su papá, que tambien salió al balcon para ver pasar la tropa.

—¿Podrás decirme, papá, preguntó el niño, á dónde van los soldados á esta hora y con ese equipo que nunca les he visto?

—Sí, hijo mio; es que van de marcha, y por eso tienen que cargar con todo su equipaje, y llevan alpargatas para caminar con más soltura.

—Pues qué, ¿se marchan de Madrid?

—Precisamente; tú lo has acertado.

—¡Ay, qué lástima! exclamó Adelita. ¿De manera que no volverá á pasar la música por delante del balcon?... ¿Se va tambien la música?

—Sí, hija; se van todos, y verdaderamente es una lástima, porque es seguro que no todos volverán, aunque vuelva el regimiento.

—Pues dí, papá, ¿á dónde van que hay peligro de que no todos vuelvan? preguntó Julio.

—¡Ay, hijo mio! van á la guerra.

—¿Y está muy léjos ese pueblo? dijo Adela.

—Léjos está; pero no es un pueblo, como tú te figuras: la guerra está en los campos, en las montañas, en las llanuras y á la intemperie.

—¿Y á qué van allí los soldados? ¿No es fácil que se fatiguen?

—No es lo peor que se fatiguen con largas jornadas, corriendo por los valles y entre las breñas, ni es lo peor el frio, el calor, la lluvia y el viento que tienen que arrostrar. Lo peor es que van á matar á otros hombres que no les han hecho daño, y á quienes no conocen, y á exponerse á que aquellos los maten.

—¿Qué atrocidad, papá! ¿Dices que van á matar á otros hombres que no les han hecho daño? ¿Pues por qué razon quieren hacer eso, y cómo es que se les consiente? ¿No saben que el catecismo de la doctrina cristiana dice que no se debe matar al prójimo? ¿Cómo desobedecen á Dios, que ordenó los Mandamientos?

—Porque tienen que obedecer á sus jefes, que les mandan matar.

—Pero bien: ¿qué motivo tienen los jefes para mandar lo contrario de lo que manda Dios?

—Esos jefes obedecen al gobierno, y el gobierno obedece á las leyes de la guerra.

—Pues qué, ¿hay leyes que disponen lo contrario de lo que dispone la ley de Dios? ¿Quién ha hecho esas leyes?

—Son las leyes de la guerra, como os he dicho, y las han hecho los hombres. Esto no podeis comprenderlo fácilmente, hijos mios, pero sentaos aquí á mi lado, y yo procuraré explicároslo. Ya sabeis que Dios, en su infinita bondad, á todos los hombres los mira como á hijos suyos, y quiere por lo tanto

que ellos se miren los unos á los otros como hermanos, y como hermanos se amen y se ayuden mutuamente. Por esa razon todos los preceptos de la doctrina cristiana vienen á encerrarse en dos, que son su compendio: el de servir y amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo.

—Cabalmente, papá, dijo Adelita, eso es lo que dice el catecismo.

—Y por consiguiente, para ser buenos, eso es lo que debemos practicar, añadió Julio. ¿No es esto lo que mil veces nos has dicho?

—Eso mismo, hijos mios, y es preciso que no lo olvideis ni un momento. Pues bien: los hombres poderosos de la tierra se guian en los asuntos mundanales por reglas muy distintas. Los dos primeros hijos que tuvo Adan, y por consiguiente, los primeros pobladores de la tierra, fueron Cain y Abel, y á pesar de que eran hermanos, nacidos de una misma madre, ya sabeis que Cain, envidioso de la benevolencia con que Dios miraba á su hermano Abel, le sacó al campo y lo mató sin otro motivo de queja. Aquí teneis ya lo que es la guerra, y desde el tiempo de Cain siempre ha habido hombres que, ya por envidia, ya por ambicion, por avaricia ó por deseo de sojuzgar á sus hermanos, han luchado los unos con los otros, y usurpando á la Divinidad un derecho que solo al Criador corresponde, han quitado la vida á sus semejantes.

Aumentando de dia en dia la descendencia de Adan, llegó á hacerse numerosísima, y entónces se fundaron las naciones, y en cada nacion habia un rey, ó un emperador, ó un señor encargado de gobernar á su pueblo; porque es preciso que los pueblos

tengan un gobierno á quien obedecer, si ha de haber buen órden y arreglo entre sus individuos. Pero estos reyes ó señores llegaron á hacerse soberbios, crueles y ambiciosos, y el que se tenia por más poderoso entre ellos queria usurpar sus dominios al que consideraba más débil, y en lugar de ir á buscarle y combatir con él cuerpo á cuerpo, reunia á gran número de sus súbditos, los daba armas y los enviaba á dar la muerte á su rival. Este, para defenderse, reunia tambien á los suyos y los mandaba á resistir el ataque de sus enemigos, y ya teneis aquí la guerra, en que muchedumbres de hombres que no se conocen se traban en pelea y combaten unas contra otras por servir á los intereses ó á la ambicion de sus señores. Esas muchedumbres son los ejércitos, y los hombres armados que las componen son los soldados.

—Pero bien, papá, preguntó Julio, ¿por qué esos soldados que saben que es malo dar la muerte al prójimo, obedecen á los señores ambiciosos que les mandan hacer lo que no es lícito ni justo?

—Porque no tienen otro remedio, y si no lo hicieran así se les castigaria con dureza. Además, ellos suelen ir persuadidos de que la causa que defienden es justa, y sucede muchas veces, que en efecto lo es. Cuando el soldado defiende la independenciam de su patria atacada por un invasor extranjero, cumple con su deber rechazando la fuerza con la fuerza. Pero estas ya son consideraciones de otro género, en las cuales no entraré porque no están á vuestro alcance ni hay necesidad de que penseis en estos asuntos. Lo único que quiero que se-

pais es que el pobre soldado no tiene la culpa de que lo envíen á la guerra, ni es responsable de la sangre que derrama en el campo de batalla. Él no tiene más remedio que obedecer á quien tiene derecho para mandarle. ¿Creeis que por su gusto esos soldados que habeis visto salir del cuartel irian á combatir con sus semejantes? Pues yo tengo por seguro que por su gusto no irian; lo primero, porque no tienen motivo de odio ni rencor contra los enemigos que van á combatir, y á quienes no conocen; lo segundo, porque en la guerra les esperan mil fatigas y penalidades, y finalmente, porque allí pueden encontrar la muerte, y seguramente algunos de los que habeis visto caminar alegres y contentos la encontrarán, otros volverán con una pierna ó un brazo ménos, ó con la cabeza rota.

—¿Luego la culpa de todas esas desgracias las tiene quien los envia?

—No diré yo tanto. Sucede muchas veces que un gobierno se ve provocado por enemigos ambiciosos que buscan su ruina, y necesariamente tiene que defenderse. No debemos ahora meternos en tales averiguaciones. Lo que importa que no olvideis es que la guerra, justa ó injusta, siempre es una gran calamidad, como que cuesta la vida á muchos infelices soldados que van á ella contra su gusto. Dios crió á esos hombres para que vivieran muchos años y fueran útiles á sus semejantes: van á la guerra, y allí encuentran una muerte temprana y desastrosa: ¿cómo se puede compensar esta pérdida? Hay además otras consideraciones no ménos tristes. Esos desdichados que mueren violentamente en el campo de batalla tienen por lo re-

gular una madre, un padre que los espera con ansiedad. Figuraos, hijos míos, el dolor inmenso de esos padres ancianos cuando vean que sus hijos no vuelven y sepan que han quedado sepultados en el campo. Otros son padres de familia, y dejan á sus esposas y á sus hijos pequeñitos que en ellos tienen su amparo y su consuelo. ¿Qué será de esos infelices si su padre no vuelve de la guerra? ¿Qué amargos no serán los últimos instantes del padre que al revolcarse en su propia sangre entre el horror de la pelea, sienta acercarse la muerte y se acuerde de aquellos pedazos de su corazón que á muchas leguas de allí están esperándole para estrecharle entre sus brazos!

Adelita, que hacia un rato callaba

y mostraba un semblante afligido, rompió á llorar, exclamando entre sollozos:

—¡Ay, papá!... ¡Yo no quiero que eso suceda!... Yo no quiero que maten en la guerra al papá de ninguna niña!...

Oyendo estas tiernas palabras, el pequeño Julio, aunque parecia más animoso, se llevó también las manos á los ojos llenos de lágrimas. Tampoco el papá pudo dominar su emoción, y abrazando á sus dos niños, exclamó:

—Rogad al cielo, hijos míos, por que la guerra se acabe pronto y no dé lugar á que ancianos ó huérfanos desvalidos derramen lágrimas de amargura.

P. D. MONTES.

ANÉCDOTA

La caridad atrae los corazones.—Un joven llamado Abraham, que moraba en el Desierto, se presentó un día en una aldea del monte Líbano á predicar á sus habitantes las virtudes de la religion de Cristo. Irritados estos, que eran idólatras, encerraron á Abraham en una pequeña habitación, y la cubrieron de tierra para que muriese ahogado. Cuando apenas se oían sus roncacos acentos, encomendando su alma á Dios, llegaron unos emisarios del emperador para cobrar á estos habitantes los impuestos, y desenterraron á Abraham, que pidió, hincado de rodillas, perdón para sus verdugos. Como estos no tuviesen con qué satisfacer cien piezas de oro que importaban los tributos, se vieron encadenados y aparejados para sufrir crueles azotes. En este momento

Abraham ruega que se suspenda el castigo hasta otro día, pues él se comprometia á pagar las cien piezas de oro. Con efecto, sale de la aldea, corre á su escondido retiro, en donde tenia una cantidad que le dieron sus queridos padres con su bendición, cuando se alejó á predicar el Evangelio, la depositó en su bolsa, y al asomar el sol, en el día siguiente, entregó á los oficiales del emperador la suma que reclamaban por los impuestos. Admirados los habitantes de la aldea de aquellos hermosos sentimientos, y conociendo que la religion que los inspiraba debía ser la religion verdadera, se convirtieron todos al cristianismo y nombraron á Abraham su padre y señor. Abraham se hizo sacerdote y llegó á ser obispo de Carres, en Mesopotamia.



NOCIONES DE ASTRONOMÍA

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

(Continuacion)

ASTERÓIDES.

Después de Marte, unos 40 millones de leguas, y entre su órbita y la de Júpiter, se encuentra el grupo de pequeños planetas que os indiqué en mi primera lección, llamados *asteróides*. Se han descubierto hasta ochenta y tres de estos pequeños mundos, pedazos tal vez de otro mayor destruido en el espacio; un mundo para el que llegó su fin, como llegará para la Tierra y los demás. Atravesemos esta zona mirando los pequeños astros que la pueblan sujetos á las leyes astronómicas de movimiento, leyes divinas que duran como su autor, y penetremos en el segundo grupo de nuestro sistema, donde encontraremos á

JÚPITER.

Este planeta es el más voluminoso de todos los que nos ocupan, pues no es sino un millar de veces menor que el Sol; es decir, unas mil y quinientas veces mayor que la Tierra, por lo que, aunque á mayor distancia del Sol y recibiendo por consiguiente menor cantidad de luz, vésele brillar esplendoroso en las noches despejadas como el más bello ornato del firmamento. Fácil es reconocerle, pues si bien se le pudiera confundir con Vénus, téngase en cuenta que este último planeta, cuando está visible, se encuentra muy bajo y al Occidente, mientras que podeis conocer á Júpiter si os fijais en una

estrella muy brillante que camina al Oriente, pasando sobre vosotros.

En su año, que dura por doce de los nuestros, se goza de una perpetua primavera, y su superficie, que es 126 veces mayor que la de la Tierra, se manifiesta esmaltada de una espléndida y florida vegetación, y poblada tal vez de vida superior á la de los habitantes terrestres, como superiores son las condiciones de aquel planeta, que, como señor más importante en las jerarquías astronómicas, va acompañado de cuatro satélites, fieles servidores que giran en su rededor, iluminando sus noches, al modo que la Luna acompaña é ilumina nuestra Tierra.

SATURNO.

El planeta que gira tras Júpiter se llama Saturno, digno también de nuestro exámen por las particularidades que en él se advierten.

Su tamaño es de 750 Tierras reunidas, y gira sobre sí mismo con tal rapidez, que á pesar de su gran magnitud, da una vuelta sobre su eje en diez horas próximamente. Alrededor de él y á unas 8.000 leguas de distancia de su superficie, hay un anillo aplastado y delgado que le circunda, seguido de otro que rodea al primero, y de otro que envuelve al último. Estos anillos, que sólo tienen algunas leguas de espesor, miden 12.000 en su anchura, y giran también con una velocidad aún

mayor que la del planeta. De ellos dos son luminosos, es decir, reflejan la luz del Sol, y el tercero oscuro, pero transparente, y como es el único ejemplo semejante que presenta el firmamento, podeis imaginar de cuántas observaciones no habrán sido objeto, aunque con poco resultado en verdad.

Pero no es esta sólo la única particularidad del planeta que nos ocupa, sino que además de sus anillos, extiéndese su dominio á ocho satélites, de los que el más próximo (llamado *Minas*) está á 12.000 leguas del anillo, y el más lejano (*Jafet*) á 922.000.

La circunferencia de Saturno mide 6.000.000 de leguas, sus años son treinta veces más largos que los nuestros, y las estaciones muy diversas.

Tal es este admirable planeta, que, aunque considerado por los antiguos astrólogos como manantial de desgracias, marcha pacífico en medio de sus prodigiosos anillos y de su sistema de ocho mundos, por el ancho firmamento, mostrando á los mortales su pequeñez y proclamando con su magnificencia la grandeza de las obras del Hacedor Supremo.

URANO.

Planeta descubierto á fines del pasado siglo, gira á una distancia del Sol de 732.752.000 leguas, y su volumen no es mayor que 82 veces el de la Tierra. Sus estaciones duran veintiun años, y sus años ochenta y cuatro años y tres meses de los nuestros. Por último, va acompañado de ocho satélites que, en vez de girar de Poniente á Oriente, como todos los astros del sistema, lo efectúan de Oriente á Occidente, sin que hasta ahora se haya podido explicar el por qué.

NEPTUNO.

Llegamos por fin al último de los planetas que constituyen el sistema de que formamos parte, y que se halla tan lejano del Sol, que la luz y calor que de este astro recibe es 1.300 veces menor que la que recibe la Tierra, por lo que puede asegurarse que para él apenas hay diferencia entre el dia y la noche, pues durante el dia verá todas las estrellas y al Sol solamente como una de tantas, aunque más brillante, lo cual no puede menos de suceder separándole de aquel astro nada menos que 1,147.000.000 *de leguas!!*

Ahora bien: figuraos un astro cien veces mayor que la Tierra, marchando por el vacío á la distancia dicha del Sol, girando sobre sí mismo y trazando en su carrera una desmesurada órbita que la imaginacion apenas puede apreciar. Pasa por un punto, y tardará *casi dos siglos* en volver á pasar por él; pero pasará, es seguro; ¿por qué?... ¿qué potente mano le conduce? ¿qué fuerza le obliga?... Ya os lo he dicho: es la ley impuesta á todos los astros, ley general que los sujeta y regla sus movimientos, ley emanada del Omnipotente al crearlos, y llamada por el hombre *atraccion universal*.

Y aquí termino el ligerísimo estudio de nuestro sistema planetario; pero aún debo decir más, aún me prometo trazaros á grandes rasgos el fondo del gran cuadro, que, aunque á escasa luz, os he puesto á la vista, con la sola intencion de que, entrando en curiosidad, os apliqueis al estudio de tantas maravillas, para poder contemplarle con la antorcha de una saludable ciencia, prorumpiendo luego en himnos de admiracion y gratitud al sublime Autor que con una sola palabra le trazara.

ENRIQUE MARÍA REPULLÉS.

LA OVEJA DESCARRIADA



¡Habrá pícara como ella! Creyendo sin duda que ya tiene bastante edad y experiencia para andar sola, esa ovejuela se había separado del rebaño, y por el monte arriba marchaba deseosa de ver algo nuevo y desconocido, y en el monte la hubiera sorprendido la noche, y probablemente habría sido víctima de un lobo que, agazapado, observaba su marcha y se relamía ya de gusto pensando en la buena cena que le iba á proporcionar la incauta ovejilla.

Pero el buen pastor ha notado, afortunadamente para ella, la falta de su oveja, y ha corrido en su busca. En brazos la trae, acariciándola con la mayor ternura.

Los niños traviosos son tambien ovejuelas descarriadas, que encuentran cuidado y amor en sus padres; pero es preciso que agradezcan éste amor y los consejos que aquellos les dan para que sepan dominar sus malos impulsos y librarse de los peligros cuando ya sus padres no existan, cuando no tengan otro guia que su recta conciencia.





RETRATOS INFANTILES

VII

EL NIÑO ATOLONDRAO

Si vais alguna vez á casa de mi amiga la bella Magdalena, que es madre de dos hermosos niños, oireis seguramente estas exclamaciones:

—¡Jesus! ¡este chico está loco!

—¡Dios mio! ¡á este niño le inspira el enemigo!

—¡Pero, hijo, que me mareas y me atontas con tus vueltas!

—¡Ven acá, y no hagas más diabluras, pecado!

Ya comprendereis que quien dice todo esto es la señora que acabo de citar, en lucha constante con el atolon-

drado carácter de su hijo mayor, Arturito Gonzalez, por más señas.

¡Donoso niño es por cierto el tal Arturito!

Para que veais que no exagero, no voy á hacer más que copiar lo que ayer precisamente me dijo la madre de este niño.

Cuando entré en su casa, la pobre señora estaba toda trémula y azorada.

—Señora, ¿qué ha pasado en esta casa?... ¿Ha quedado cesante Gonzalez?...

—¡Ah! no, señor; Arturito...

—¡Cómo! ¿Arturito estaba ya empleado?...

—¡Jesus! no, señor; digo que Arturito me acaba de dar un disgusto horrible.

—Me alarma V.: ¿qué ha sucedido?...

—Que habia yo dejado un momento al niño pequeño en la butaca mientras iba á buscar un peinador, y ha venido Arturito, le ha levantado de la butaca, le ha puesto en el suelo, se ha tirado él en aquel mueble, y al echar las piernas por alto ha dado un puntapié al niño, que, cayendo, se ha hecho una herida en la cabeza.

—¡Jesus! señora, ¡qué chico!... Pero, vamos, tranquilícese V., que no será nada.

Pusimos árnica al niño, le vendamos la herida, su madre le hizo todas esas encantadoras gracias que las madres saben hacer para que sus hijos se rian al mismo tiempo que lloran, y logrando que durmiera, le colocamos en la cuna mientras venia el médico.

Más tranquila la madre, me habló en estos términos:

—Mire V., yo no vivo con este chico; él no es malo, no, señor, no tiene mal corazón; al contrario, es noble y gene-

roso; pero, amigo, su atolondramiento no tiene igual, y por atolondrado hace cosas que pueden tener y tienen, como ahora, graves consecuencias.

—Lo de ahora no será nada.

—Dios le oiga á V. Estoy con ese niño en perpetuo sobresalto; cuando me hallo más descuidada oigo un estrépito: Arturito que ha hecho alguna barrabasada. Tenemos una galería que cae sobre el patio, y el gato se sube á la baranda, y allí se pasa las horas muertas viendo cruzar los pájaros; pues ayer pasó Arturito corriendo, y al pasar dió un golpe al animal, que cayó al patio, y se rompió una pata. Luego Arturito lloró mucho, porque quiere al gato con delirio, pero el mal ya estaba hecho. Lo hizo atolondrado, sin saber lo que se hacia, sin reflexionar que, si empujaba al gato, lo más probable sería que el gato se cayese al patio.

—¡Qué diablura!

—Esta mañana traia la muchacha el chocolate; Arturito, corriendo por el pasillo como siempre, llega por detras, le da un golpe en el brazo, y el chocolate al suelo. El otro dia estaba el aguador limpiando un cántaro y habia dejado la gorra sobre el fregadero; viene Arturito con un papel ardiendo, y para ver cómo se consume lo pone encima de la gorra del asturiano, á quien tuve que dar diez reales para otra. El jueves íbamos á ir al Circo de los caballos, que Gonzalez habia traído tres sillas; pues, señor, coge el niño los billetes, se pone al balcon, y sin saber lo que hacia los hizo pedacitos y se divirtió en verlos volar. Nos quedamos sin ir al Circo, porque yo no quise que se gastara en otros billetes, y Gonzalez se incomodó mucho, y, lo que no acostumbra, le dió unos

bofetones; y, en fin, que por el chico nos disgustamos mi marido y yo. Si este niño no se corrige de su atolondramiento, de su irreflexion, nos va á dar muchísimos disgustos, y él mismo será desgraciado.

—En efecto, amiga mia; el defecto de Arturito es de los más peligrosos.

—Ahora todo se reduce á dar sustos á sus padres, á destrozarse la ropa, á destruir libros, juguetes y todo lo que halla á mano; pero despues...

—¡Oh! Despues, Dios sabe lo que le puede suceder. ¿Quién puede calcular á dónde pueden llevar á un hombre la imprevision, la imprudencia, la irreflexion, el atolondramiento, en fin?... Puede un hombre ser honradísimo, y, sin embargo, perder su buen nombre y verse en grandes compromisos, sólo por un momento de irreflexion, habiendo obrado de buena fe. Puede al hombre atolondrado ocurrirle alguna horrible desgracia, como matar á su amigo, á su mismo hermano, por imprudencia, por atolondramiento, y muchos ejemplos se han visto de estas lamentabilísimas catástrofes.

Hay, pues, amiga mia, motivo fundado para preocuparse mucho del carácter atolondrado de un niño, y es de suma necesidad corregir ese trascendental defecto.

—Pero ¿cómo?...

—Con el constante ejemplo y continuos consejos, y obligándole á estudiar mucho, dejándole pocos momentos de ocio, y haciéndole pensar, lo cual puede conseguirse explicándole las cosas una y cien veces, proporcionándole libros de sana y amena moral, y en fin, su esposo de V. tiene talento bastante para comprender cuáles son los más oportunos medios de reformar

el carácter de Arturito. Y si Vds. se sienten débiles para acometer esa empresa, entónces hay que hacer el sacrificio de separar á Arturito de su lado llevándole á un colegio, donde sólo encuentre maestros cariñosos y severos á la vez, y amigos poco indulgentes. No faltan en España establecimientos donde sin duda se corrigen caracteres tan viciados como el de Arturito; por ejemplo, el que dirige el sabio Coll de Valldemia en Mataró.

—Tiene V. razon, y hablaré seriamente del asunto con mi marido, que tiene la misma idea que V.

—Es preciso, señora, indispensable mostrar gran severidad con niños que tienen el defecto de su hijo de V. Esa severidad es entrañable cariño que no pueden ménos de agradecer cuando tienen juicio bastante para conocer las consecuencias que resultan de la excesiva tolerancia.

No pido yo que los niños sean tan severos, juiciosos, graves y serios como hombres de treinta ó cuarenta años, porque eso sería impropio de su edad; los niños han de ser alegres, expansivos, amigos de jugar y divertirse, y aún se les puede dispensar alguna que otra inocente travesurilla; pero han de acostumbrarse á pensar, á reflexionar, á tener conciencia de sus actos, y á evitar, sobre todo, aquello que pueda dar disgusto á sus padres, y enajenarles las simpatías de los criados, de las personas que frecuentan sus casas, y de los mismos animales domésticos.

Así sólo podrán prepararse á ser luego hombres formales, de peso y de respeto en la sociedad, prudentes, discretos, precavidos y rectos en todas sus acciones.

C. FRONTERA.



EL CARDENAL CISNEROS



Este célebre ministro, arzobispo y cardenal nació en 1437, siendo hijo de un perceptor de diezmos. Religioso franciscano, fué catedrático de jurisprudencia en Salamanca, y promovido al arzobispado en 1493, nombróle la reina Isabel administrador de Castilla, manifestando en este cargo un gran patriotismo y lealtad. Hizo á su costa la expedición á Africa, apode-

rándose de Orán. Era tan hábil gobernante como decidido y entusiasta protector de las letras; á su costa y bajo sus auspicios se publicó la *Biblia poliglota* de Alcalá.

A la muerte de Fernando fué el negociador más eficaz del reconocimiento de Carlos V como rey de Aragon y Castilla.

Murió en 1517.



GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

SEGUNDA PARTE

(Continuacion)

XXVIII.

LOS POLÍEDROS.

La línea primero, la superficie después, han venido ocupando vuestra atención, lectores carísimos, en los precedentes artículos. Hoy llega el cuerpo sólido á pedirnos vuestra venia para presentarse, pues no quiere quedar desconocido para niños tan amables como vosotros. Sin duda alguna os acordais de la division hecha de la extension en el segundo artículo de este trabajo; sin duda alguna recordais el hilo, el papel y el trozo de madera que mi amiguito Carlos presentó á sus discípulos en su primera leccion.

Y si os acordais de todo esto, no podeis dejar de comprender que la línea ha quedado ya presentada; que la superficie ha sido considerada en su modo de ser, y queda solamente el cuerpo, ó *el poliedro*, que estudiar en las diversas formas bajo que puede presentarse.

Quereis saber lo que es un poliedro, ¿no es verdad?

Muy fácil es decíroslo; *el poliedro es á la superficie lo que el polígono á la línea*. Voy á deciros lo que esto significa.

Al estudiar los polígonos visteis que considerábamos como tal á una porcion de plano limitada por rectas; pues bien: *el cuerpo es una parte del espacio limitado por superficies*, ya sean planas, ya no lo sean.

Comprendereis esto, sin duda: *se llama cuerpo á la extension limitada por tres dimensiones*, por longitud, latitud y profundidad. Una cosa cualquiera que tenga ancho, grueso y largo será un cuerpo, cualquiera que sea la forma bajo que pueda presentarse.

Mi amiguito Carlos, que consideraba esto muy fácil y comprensible, hizo á sus discípulos una definicion casi semejante á la que acabo de presentaros; pero como sucedió que alguno de los niños no comprendiera claramente lo que es un cuerpo, sostuvo con sus camaradas, los pequeños géometras, un amistoso coloquio. Oid, queridos niños, la interesante conversacion que sostuvieron nuestros amiguitos con su querido profesor.

—Mira, Carlos, decia Rafael; Luisito no comprende lo que es un poliedro; es preciso que se lo expliques. Ahora mismo me preguntaba sobre ello.

—¿Es posible, Luis, que sea eso verdad?

El niño se sonrojó, pero como Rafael no habia mentido, dijo:

—Sí, es verdad; yo no comprendo lo que es un cuerpo, pues me dices que es una cosa semejante á lo que dijiste ser el ángulo poliedro.

—¿Solamente te confunde ese particular?

—Sí; nada más que eso: el ángulo poliedro está formado por varios pla-

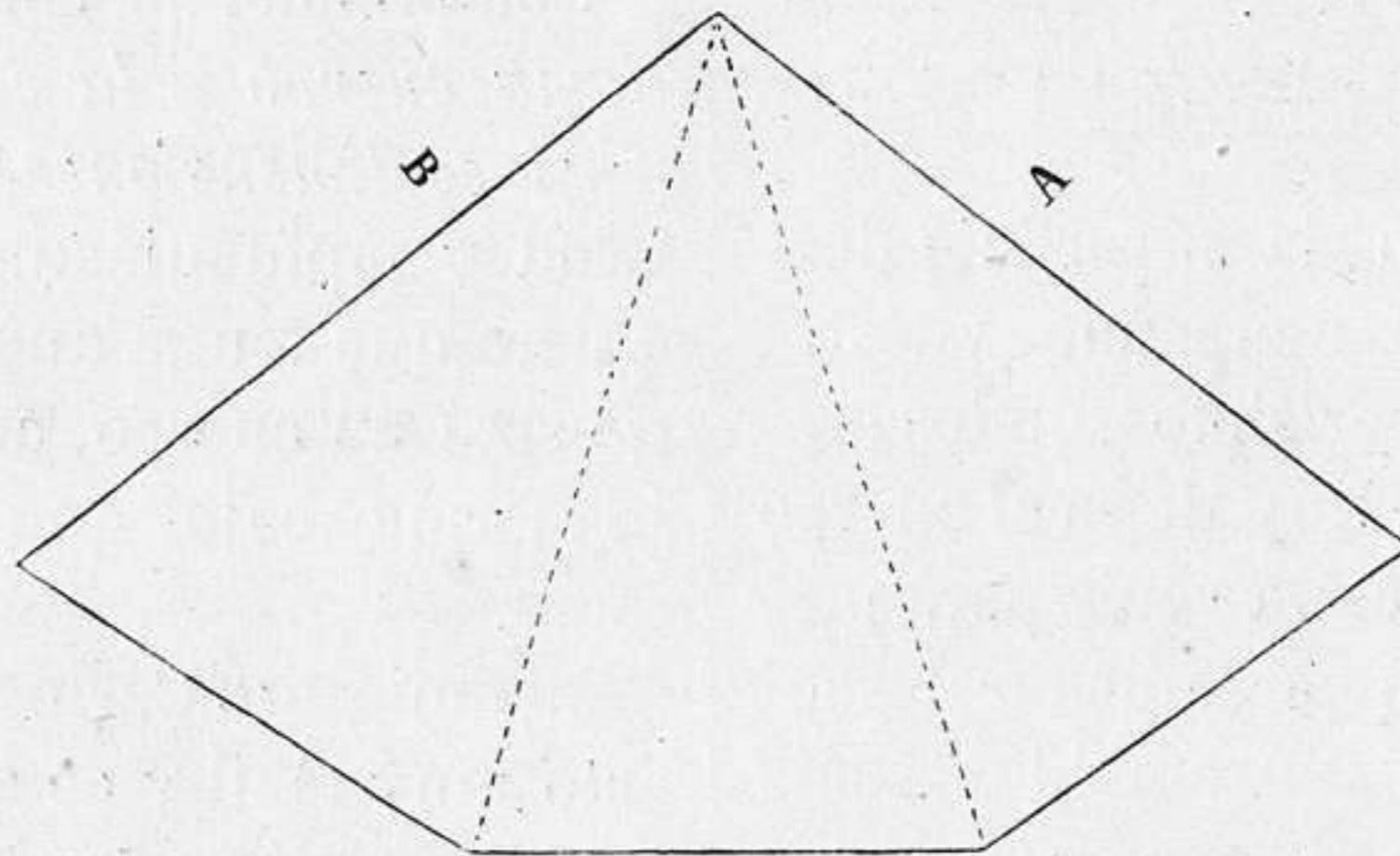
nos; el cuerpo también lo está: ¿qué diferencia hay, pues, entre los dos?

—La que puede existir entre un ángulo de los primeros que conocimos y un triángulo ó un cuadrado. ¿Lo entiendes ahora?

—No; tampoco lo comprendo.

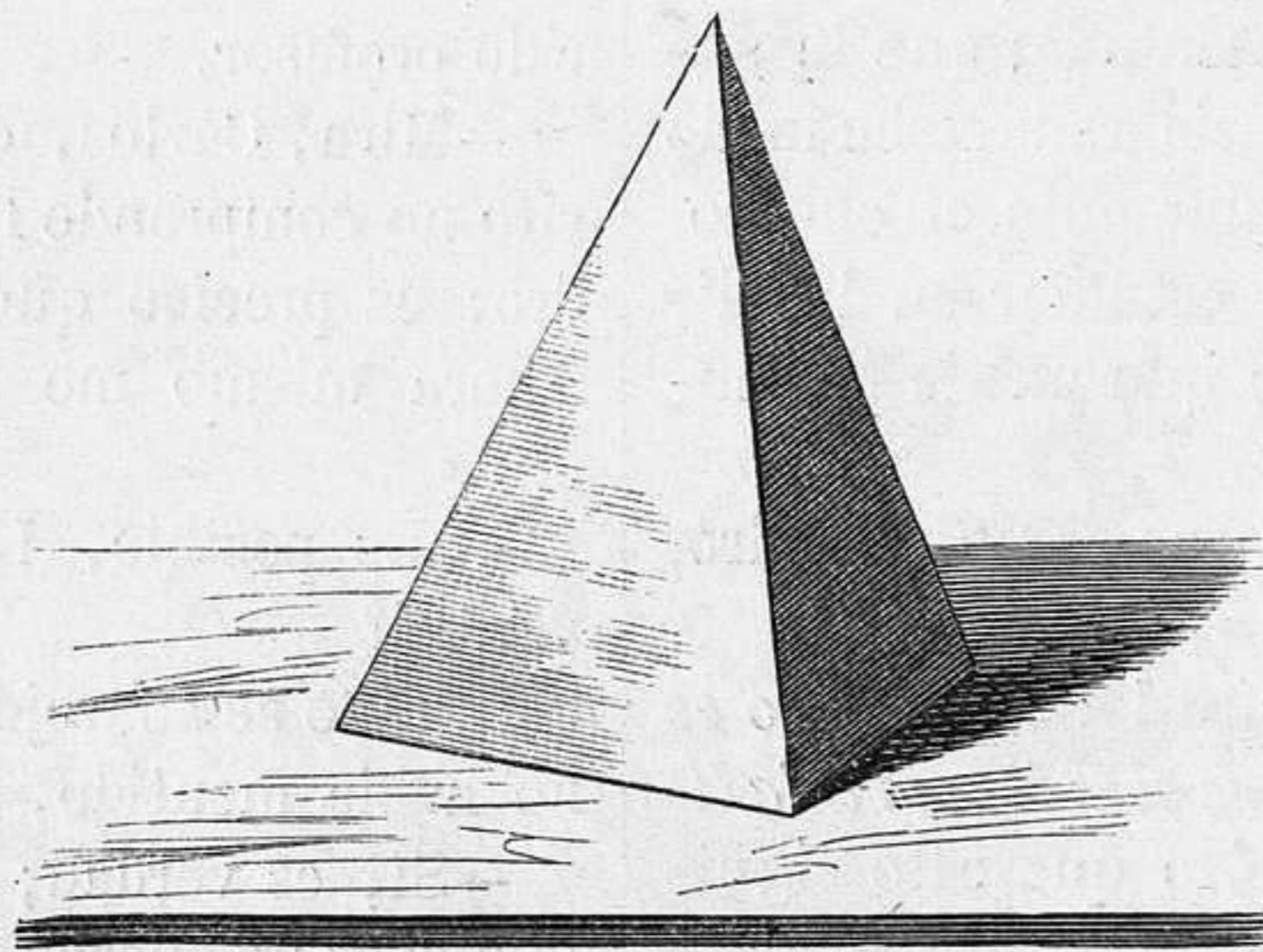
—Es necesario entonces que lo veas prácticamente.

Y Carlos, al decir esto, tomó un papel, que recortó en una forma semejante á esta:



El papelito fué doblado de un modo tal, que los filos que en esta anterior figurita están representados por las letras *A*, *B* se unian, y los otros dobles se unian con las líneas que por

puntos veis también en dicha figura representadas. Formaba una especie de cucurucho triangular, que era un perfecto ángulo tédro. Si se le miraba exteriormente presentaba esta figura:



Como podeis suponer, estaba abierto por la parte más ancha; esta circunstancia la hizo Carlos comprender á sus discípulos, y después les dijo:

—Esto que es un ángulo tédro, por-

que está formado por tres caras, puede fácilmente convertirse en un cuerpo. Aquí tenemos una cosa parecida á lo que visteis cuando con el ángulo se formó el triángulo en una de nuestras

primeras lecciones. Como Estéban tiene muy buena memoria, va á decir lo que entónces vió.

—Que añadiendo una línea que cerrase el ángulo, resultó el triángulo.

—Perfectamente; pues aquí, si añadimos un plano que cierre el ángulo tíedro obtenido, resultará un cuerpo.

—Ahora sí que comprendo, interrumpió Luis, la diferencia de que ántes no podía hacerme cargo.

—Pues entónces pasemos á otra cosa, dijo Gonzalito.

—Sí, voy á continuar, siguió diciendo el ilustre profesor; voy á deciros los nombres de todas aquellas partes que deben considerarse en un cuerpo ó políedro.

Las caras: son, como podeis comprenderlo, los planos que le constituyen.

Aristas: se llaman así á las líneas que resultan de la union de los planos.

Vértices: son tales los de los diversos ángulos que puede tener el cuerpo.

Diagonales: se llaman así á las líneas que pueden unir vértices de caras distintas.

Planos diagonales: reciben este nombre los que pueden tirarse de un modo tal que pasen necesariamente por tres vértices.

Base: tiene este nombre la cara sobre que descansa el cuerpo.

Altura: la perpendicular bajada á la base, ó á su prolongacion, desde el punto á ella más distante.

Caras laterales: todas las del políedro, ménos las bases, se llaman así.

—¡Cuántas cosas, dijo Teodoro, hay que considerar en los cuerpos!

—Muchas; pero eso no debe ser obstáculo para quien, como vosotros, tiene

seguramente una decidida afición á la Geometría.

—A mí me gusta mucho, dijo Luis.

—A mí más, dijo Ricardo.

—Más que á mí, no, seguramente, interrumpió Estéban,

—Más que á tí, volvió á decir el hermano de Teodoro.

—Mentira.

—Verdad.

—Vamos, vamos, á todos les gusta esta ciencia, y no hay que disputar: aquí no hay nadie que no venga á estudiar, nadie á quien no guste, decia Carlitos.

—Desde luego, decia Ricardo; pero que no diga Estéban que es más aficionado á la Geometría que yo; será tan amante de ella como yo lo soy, ni más ni ménos.

—Bueno; quede sentado que todos en la clase tienen un mismo grado de aplicacion, de amor al estudio.

Los niños se dieron por satisfechos con la sentencia de su profesor y amigo; y era esto, sin duda, porque todos reconocian en él una mayor cantidad de saber y reflexion, una mayor suma de conocimientos. Cuando la sentencia es justa, todos se conforman: en la clase de mi amiguito habia sucedido esto precisamente.

Como Cárlos continuó explicando, voy á seguir presentándoos sus palabras.

—Hay que considerar, decia el joven catedrático, en los políedros muchas cosas que se consideraron en los polígonos.

Los políedros pueden ser *regulares* ó *irregulares*.

¿Cuándo será un políedro regular?

No lo sabeis: voy á deciroslo yo. *Un poliedro es regular cuando todas sus*



caras son poligonos regulares é iguales, teniendo ademas iguales sus ángulos poliedros.

Cuándo será irregular, lo sabeis sin duda.

—Sí, dijo Ricardo: *cuando no tenga alguna de esas propiedades.*

—Perfectamente; así es.

—Los poliedros pueden ser *iguales ó desiguales*, lo mismo que las figuras. Veamos si alguno de vosotros me dice cuándo podremos darle el primer nombre.

—Cuando sean del mismo tamaño, exclamó Luis.

—Cuando en nada se diferencian, dijo Teodoro.

—Lo diré yo, dijo Rafael: *dos cuerpos son iguales cuando lo son respectivamente las partes todas de que se componen.*

—Así es; y *si cualquiera de las partes de que se hallan formados los dos cuerpos no es igual á la que corresponde en el otro poliedro, entónces no serán iguales.*

Hecho esto, vamos á considerar los diversos nombres de los cuerpos. Lo mismo que el polígono variaba de nombre segun el número de sus lados, va-

ría el poliedro segun sean más ó menos las caras que le formen. Aquí, como en muchas otras cosas, veis que lo que ahora tratamos tiene muchos puntos de contacto con lo que vimos en la parte primera de esta ciencia, en la Geometría plana, de que seguramente teneis muchos agradables recuerdos.

Carlitos, al decir esto, tomó un lápiz blanco, que aún llevaba encima casualmente, y con él escribió en la tapa de la mesa lo siguiente:

Poliedro de cuatro caras, tetraédro.

Idem id. cinco id., pentáedro.

Idem id. seis id., exáedro.

Idem id. ocho id., octáedro.

Idem id. doce id., dodecáedro.

Idem id. veinte id., icosáedro.

Despues de escribir lo que antecede, terminó Cárlos su leccion, y todos los niños se retiraron muy contentos y satisfechos por haber conocido los cuerpos. Pero ántes de retirarse convinieron en que cada uno trajera al siguiente dia un poliedro cualquiera; sentando como condicion que aquel que fuese portador del más bonito, del mejor construido, obtendria como premio los de los demas.

E. THULLIER.

JEROGLÍFICO

